

## SEDES SAPIENTIAE, ANCILLA DOMINI (Aspectos de la piedad mariana de san Josemaría)

GUILLAUME DERVILLE

**PALABRAS CLAVE:** san Josemaría, Advocaciones marianas, Maternidad divina.

**RESUMEN:** san Josemaría alimentó una gran devoción a la Santísima Virgen, de la que le gustaban sus numerosas advocaciones. El autor se detiene en el análisis de dos por las que el fundador del Opus Dei mostró su predilección: “*Sedes Sapientiae*” y “*Ancilla Domini*”. Las dos advocaciones están evidentemente relacionadas entre sí, y las dos reenvían a la maternidad divina de la Virgen María.

### *SEDES SAPIENTIAE, ANCILLA DOMINI (Aspects of the Marian piety of st. Josemaría)*

**KEY WORDS:** *st. Josemaría, Marian advocations, Divine maternity.*

**SUMMARY:** *st. Josemaría cultivated a deep devotion to the Blessed Virgin. He liked all her many advocations. The author concentrates on two advocations which the Founder of Opus Dei held in particular regard: “Sedes Sapientiae” and “Ancilla Domini”. Both advocations, clearly inter-related, return one to the divine Maternity of the Virgin.*

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha invocado a la Virgen María bajo numerosas advocaciones. La teología, la liturgia, la piedad popular, en fin, han expresado de mil formas la verdad, la bondad y la belleza de la más perfecta de las criaturas, María de Nazaret, Virgen y Madre de Dios. La riqueza de los títulos dados a la Virgen Santa tiene su fuente en su maternidad divina. Por el hecho de ser Madre de Dios, María merece el culto que se le rinde: hoy, como el 15 de junio del año 431 en Éfeso, ella es venerada como la Madre de Dios, la Θεοτόκος. El mismo espíritu inspira a san Josemaría Escrivá de Balaguer esta apertura de su corazón, que muestra una piedad de teólogo: “Todas las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María. Pero si tuviera que escoger una, entre esas festividades, prefiero la de hoy: la maternidad divina de la Santísima Virgen”<sup>1</sup>. Él gustaba repetir que “la maternidad divina de Santa María es un brillante en la corona de Dios”<sup>2</sup>.

San Josemaría alimentaba una gran devoción por la Santa Virgen, de la que le gustaban sus numerosas advocaciones, destacando su predilección por algunas: “Madre de Dios y Madre nuestra”, “*Mater pulchrae dilectionis*”, “*Spes nostra*”, “*Sedes Sapientiae*”, “*Ancilla Domini*”... Las tres últimas afloraban cada día a sus labios.

Esta meditación teológica en torno a la devoción mariana de san Josemaría pretende esbozar a grandes rasgos la riqueza de contenido y la unidad de estas denominaciones de la Virgen María, deteniéndose sobre todo en éstas: “*Sedes Sapientiae*” y “*Ancilla Domini*”. Las dos advocaciones, están evidentemente relacionadas entre sí, y las dos reenvían a la maternidad divina de la Virgen María. La Sabiduría, entendida como designio divino, encuentra en María a aquélla que puede y que quiere decir ‘sí’ a la iniciativa divina, en una entrega total de su persona: “*Ecce ancilla Domini*”. La Virgen se convierte de este modo en Madre y como tal en “*Sedes*

1. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, “*Madre de Dios, Madre nuestra*”, Rialp, Madrid 1977, n. 274. Cfr. J. VELAT ALZUET, “*Madre de Dios y madre nuestra*”. *Introducción al estudio de la vida y de la doctrina marianas de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, dissert., Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma 2004, pp. 241-260.

2. SAN JOSEMARÍA, Cfr. J. ECHEVARRÍA, en *Positio super vita et virtutibus, Romana et matriten. Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer*, Roma 1988, p. 308.

*Sapientiae*”, ya que es ella quien lleva al Hijo (Λόγος) eterno del Padre, el Verbo encarnado. Es a ella a quien debemos la salvación, inseparable de la persona de su Hijo Jesús: “No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra ‘ut omnes homines salvi fiant’ (1 *Tm* 2, 4)”<sup>3</sup>. María es Virgen y permanece virgen en la concepción de Jesús, cosa que es congruente con el hecho de que ella sea la Madre de Dios, pues la Persona de Jesucristo es divina.

### Sedes Sapientiae

El Sirácida identifica la Sabiduría con la Palabra divina (Cfr. *Si* 24, 23-34). En un momento de la historia de la humanidad, la Sabiduría, designio de Dios sobre el mundo, se manifiesta en el misterio de la encarnación del Logos. El Nuevo Testamento aplica incluso la sabiduría (σοφία) especialmente a la Persona de Jesucristo: “La sabiduría queda acreditada por sus propias obras” (*Mt* 11, 19; Cfr. *Mt* 23, 34 y *Lc* 11, 49). Su misterio se realiza en la Iglesia, de la que la Virgen María es la más perfecta epifanía. La aplicación a la Virgen María de los textos de la Escritura sobre la Sabiduría se hará en la Iglesia a partir de la imagen de la Virgen del Apocalipsis, coronada con doce estrellas (Cfr. *Ap* 12, 1-6). Bouyer hace notar que “el Nuevo Testamento no testimonia todavía una aplicación a María en cuanto tal de los textos sapienciales. Este será asunto de la Iglesia antigua, y constituye, a nuestro parecer, el ejemplo más típico del modo en que la tradición viva ha desarrollado los datos revelados para una mariología”<sup>4</sup>. La liturgia aplica a la Madre de Jesús el tema de la Sabiduría tal y como es evocada en Proverbios (8, 22-31). La Sabiduría de Dios habla, en cierto sentido “*in persona Virginis*”. En los siglos XI y XII, la Virgen María era representada generalmente sentada, llamada “Majestad de Santa María” o “Asiento de la Sabiduría”. Desde el siglo XII, María es exaltada en las letanías y en las oraciones litúrgicas como Madre, Fuente, Morada, Sede

3. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, n. 106.

4. L. BOUYER, *Le Trône de la Sagesse, Essai sur la signification du culte marial*, Cerf, 2e éd., Col. “Traditions Chrétiennes” 24, Paris 1987, p. 74.

de la Sabiduría; este último título se impone sobre los demás. Así san Luis María Grignion de Montfort funda las Hijas de la Sabiduría y la Compañía de María cuya Liturgia propia tiene la Misa de la Virgen María Asiento de la Sabiduría, que ha servido para la Misa “*Beata Virgo Maria, Sedes Sapientiae*” de la *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine*.

La Virgen María es representada con frecuencia teniendo al Niño Jesús sentado sobre sus rodillas, y, en algunas épocas, este Niño tiene el rostro de un anciano, como para subrayar que está lleno de sabiduría. La invocación a María como Asiento de la Sabiduría evoca tres aspectos. Ella es antes que nada la Madre que ha llevado en su seno a la Sabiduría del Padre: el Verbo eterno. Ella es, después, Reina, pues el Niño que está sentado sobre sus rodillas es el mismo cuyo reino no tendrá fin (Cfr. *Lc* 1, 33; *Is* 9, 6-7); los sabios reconocerán a este Mesías Rey en la Epifanía (Cfr. *Mt* 2, 1-12). Ella es, en fin, sabia y prudente, la que guarda todas las cosas en su corazón (Cfr. *Lc* 2, 19.51): el evangelista Lucas sabe esto indudablemente por una íntima confianza de María, y lo cuenta bajo la inspiración del Espíritu Santo. Así, de algún modo, por la acción conjunta del Espíritu y de María, nosotros sabemos que ella meditaba “estas cosas”, es decir, el misterio de la encarnación y el de la Cruz, en una palabra el misterio de Cristo; ella las meditaba “en su corazón”, ella interiorizaba la palabra de Dios en lo más profundo de su ser: la ciencia de Dios se ha hecho en ella “*sapida scientia*”, una ciencia saboreada, en una palabra, sabiduría. En la contemplación del misterio de Cristo, la Virgen María ejercita el don de sabiduría que ella ha recibido como “llena de gracia” (*Lc* 1, 28)<sup>5</sup>.

### Para que la Virgen nos llene de la Verdad

San Josemaría invoca frecuentemente a la Virgen María como “Asiento de la Sabiduría”, como lo atestiguan entre otras cosas unas líneas manuscritas en el reverso de una imagen del Amor misericordioso (Cristo en la Cruz apoyada sobre la bola del mundo), que le dio como regalo a un estudiante de medicina: “Santa María, Esperanza nuestra, Asiento de la Sabiduría. Ruega

5. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Somme de théologie*, III, q. 27, a. 5, sol. 3.

por nosotros (...) Mayo de 1933”<sup>6</sup>; y también una plegaria al Espíritu Santo, que él redacta en abril de 1934<sup>7</sup>. Un año más tarde, dispone que en el marco del apostolado con la juventud la Virgen María sea invocada como *Sedes Sapientiae*: “invocar a Santa María, Esperanza nuestra, Sedes Sapientiae”<sup>8</sup>. Mons. Álvaro del Portillo comenta este deseo subrayando que la invocación fue utilizada por el Santo desde la primera reunión de estudiantes a la que llama “círculo de san Rafael”, el 21 de enero de 1933 en Madrid<sup>9</sup>.

Un punto de *Surco* proporciona luz sobre los motivos de esta devoción: “‘Sancta Maria, Sedes Sapientiae’ –Santa María, Asiento de la Sabiduría. –Invoca con frecuencia de este modo a Nuestra Madre, para que Ella llene a sus hijos, en su estudio, en su trabajo, en su convivencia, de la Verdad que Cristo nos ha traído”<sup>10</sup>. La verdad es conocida por la sabiduría; de ahí la importancia de dejarse guiar por ella para conocer y amar lo que es verdadero. Esta invitación a invocar a la Virgen Santa como *Sedes Sapientiae* san Josemaría la dirigiría también, por ejemplo, a los padres y madres de familia, a los cuales les deseaba sabiduría para que supiesen conjugar libertad y autoridad en la educación de sus hijos<sup>11</sup>.

Esta devoción de san Josemaría hunde sus raíces, quizás espirituales, en cualquier caso fácticamente, en el culto de la Virgen de Torreciudad a la que sus padres le condujeron cuando tenía dos años, cumpliendo así la promesa de ir a agradecer a la Virgen si se curaba el pequeño al cual el médico había pronosticado una muerte próxima<sup>12</sup>. La imagen de Nuestra Señora de Torreciudad pertenece, en efecto, al tipo iconográfico de la *Sedes Sapientiae*,

6. SAN JOSEMARÍA, manuscrito fotocopiado en F. M. REQUENA, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, *Studia et Documenta* 3 (Roma 2009), p. 174.

7. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por P. RODRÍGUEZ, 3ª ed., Rialp, Madrid 2004, p. 271, comentario al n. 57, nota 13.

8. SAN JOSEMARÍA, *Instrucción*, 9 de enero de 1935, n. 123-124; cit. en P. RODRÍGUEZ, p. 536, com. del n. 360.

9. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, I ; Señor que vea!*, Rialp, Madrid 1997, p. 481.

10. SAN JOSEMARÍA, *Surco*, Rialp, Madrid 1986, n. 607.

11. Por ejemplo en una tertulia en Tajamar, Madrid, el 22 de octubre de 1972, Cfr. Archivo General de la Prelatura del Opus Dei, P 11, p. 124.

12. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, p. 29.

“cuyo prototipo fue la imagen de madera placada de oro de Clermont, que data de mediados del siglo X”<sup>13</sup>, explica el arquitecto que dirigió la restauración de la imagen de la que resume así el mensaje doctrinal: “En ellas queda sintetizado el doble papel de Nuestra Señora en la Encarnación del Verbo: concibe en sus entrañas a la inmensidad de Dios para darle a la luz del mundo, presentándole desde su regazo de Madre para que todos adoremos a la Sabiduría divina que se encarnó para nuestra salvación”<sup>14</sup>. Mons. Álvaro del Portillo da testimonio de que una “acostumbrada jaculatoria final” de san Josemaría era precisamente: “*Sancta Maria, Spes nostra, Sedes Sapientiae*”<sup>15</sup>.

### Sabiduría de una madre, humildad de una sierva

La sabiduría de la Virgen María proviene de la comunión de su naturaleza humana con lo divino, comunión que fue creciendo en ella desde su inmaculada concepción hasta su ascensión, pasando por el *fiat* de la anunciación que es también el *fiat* de la Cruz, profetizada en el Templo (Cfr. *Lc* 2, 35), y por la nueva plenitud del Espíritu Santo en ella en el día de Pentecostés. Gracias a la voluntad amorosa de María, la sabiduría creció en su inteligencia. La Santa Virgen conoce y piensa según los pensamientos de Dios. Así ella consiente amorosamente en la muerte de su Hijo, como enseña el Concilio Vaticano II: “se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma”<sup>16</sup>.

13. M. GONZÁLEZ-SIMANCAS LACASA, *La talla de la Virgen de Torreciudad*, en *Torreciudad*, Rialp, Madrid 1988, p. 13.

14. *Ibidem*, p. 14.

15. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1995<sup>8</sup>, p. 206. Las últimas palabras de un texto tomado de una de sus meditaciones lo testimonia: “asiento de la Sabiduría, ¡ruega por nosotros” (SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, “Por María, hacia Jesús”, n. 149).

16. CONCILIO VATICANO II, Const. ap. *Lumen gentium*, n. 58. Cfr. A. DUCAY, *La cooperación de María a la obra de la salvación*, “Scripta de Maria” 3, II (2006), 201-225. Las referencias al Magisterio que se hacen aquí ilustran cómo el sentido de la devoción mariana de San Josemaría está enraizado en la recepción de la Revelación en la Iglesia.



*Capilla del Centro de Jorge Manrique. 13 de septiembre de 1945.*

La sabiduría de María es la de una madre, la sabiduría de una persona que ha dado la vida, que ha llevado durante nueve meses a su primogénito, le ha hablado, le ha escuchado, ha cantado, ha trabajado, ha respirado por él. Ella ha sufrido por él; ella se ha alegrado con él. A su vez, ella lo recibe todo del Verbo eterno, en quien y por quien todo fue creado, Sabiduría eterna del Padre. La madre sabe y comprende; no gracias a un conocimiento cualquiera, sino gracias a un conocimiento de amor, es decir, por cierta connaturalidad con su hijo, una deificación debida a su unión con el Verbo y obrada por el Espíritu Santo, Amor-Persona.

La fe cree que la sabiduría viene de la revelación de Dios, que se realiza plenamente en Cristo. La Virgen María tiene fe en el anuncio del ángel y toda su vida está definida por su "fiat". La tradición de la Iglesia le aplica la alabanza de Cristo a María de Betania, pues la Virgen María es la primera en escoger la mejor parte (Cfr. *Lc* 10, 42): "Ecce Ancilla Domini" (*Lc* 1, 38). Ella manifiesta la sabiduría de Dios, puesto que ella es su Madre y en ella se han cumplido los designios divinos, que son el contenido de la sabiduría; ella es también el más bello resplandor de esta sabiduría, puesto que es la

sierva del Señor. La liturgia se dirige a ella como a la hija de su Hijo: “*genuisti qui te fecit*”<sup>17</sup>, y Dante, detrás de ella: “¡Oh Virgen madre, e hija de tu Hijo, humilde y más alta que toda criatura...”<sup>18</sup>.

### Ancilla Domini

Se ha atribuido la Sabiduría al Hijo y el Amor al Espíritu Santo, como lo autoriza, por ejemplo, una lectura de santo Tomás de Aquino: según el orden de la naturaleza, el Espíritu Santo procede del Hijo y el amor procede de la sabiduría<sup>19</sup>. Se atribuye a la operación del Espíritu Santo, Amor sustancial que procede del Padre y del Hijo, Espíritu de la Palabra eterna del Padre, el hecho de que el Verbo se haya hecho carne en las entrañas de María. Es su plenitud de gracia, es decir, el amor, lo que lleva a la Virgen María a pronunciar estas palabras: “*Ecce ancilla Domini*”. De este modo ella responde humildemente que está al servicio de la sabiduría de Dios: ser madre del Salvador es cooperar con el plan divino de salvación, es aceptar ser el Asiendo de la Sabiduría. He aquí, como dice Juan Pablo II, una “apertura total a la persona de Cristo”, “una apertura de espíritu» que “une de forma perfecta el amor propio de la virginidad y el amor característico de la maternidad, reunidos, fusionados, por así decirlo”<sup>20</sup>. La aceptación de la Virgen María ha estado precedida por una pregunta: “¿Cómo se hará esto puesto que yo no conozco varón?” (*Lc* 1, 34). En María encontramos lo que Juan Pablo II aplica al pueblo elegido, “esta apertura al misterio que le venía de la Revelación”, y que se convirtió para él en “la fuente de un verdadero conocimiento”<sup>21</sup>. *Ecce ancilla*: puesto que ella quiere servir humildemente, ella accede a una más alta sabiduría.

17. *Missale Romanum, editio iuxta typicam tertiam*, Midwest Theological Forum, Chicago 2007, *Commune B.M. Virginis*, 2, *Ant. ad introitum*, p. 830.

18. DANTE, *La Divina Comedia*, 3, *El Paraíso*, Canto 33.

19. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Somme de théologie*, III, q. 7, a. 13.

20. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25 de marzo de 1987, n. 39.

21. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et ratio*, 14 de septiembre de 1998, n. 21.



## Entrega total

San Josemaría ama la invocación “Sierva del Señor”. Él ve en ella una disposición ilimitada a entregarse: “La Virgen Santa María, Maestra de entrega sin límites. –¿Te acuerdas?: con alabanza dirigida a Ella, afirma Jesucristo: ‘¡el que cumple la Voluntad de mi Padre, ése –ésa– es mi madre!...’ Pídele a esta Madre buena que en tu alma cobre fuerza -fuerza de amor y de liberación- su respuesta de generosidad ejemplar: ‘ecce ancilla Domini!’ –he aquí la esclava del Señor”<sup>22</sup>.

En una carta de 1938 san Josemaría invita a repetir *Ancilla Domini* para dirigirse a la Virgen Santa: “¡La oración! No dejarla por nada. Mira que no tenemos otra arma. *Pídele a la Señora que te dé su fortaleza*: que toda será menester, si has de cumplir la Voluntad de su Hijo. Acostúmbrate a rezarle, cada día, siquiera una vez, esta jaculatoria: Sancta Maria, Spes nostra, Ancilla Domini, ora pro nobis!”<sup>23</sup>. De este modo san Josemaría une con toda naturalidad la noción de *Ancilla Domini* con la de obediencia.

En las notas de 1938 que dieron origen al nacimiento del punto 493 de *Camino*, él admira la sencillez de la respuesta de la Virgen María y la discreción que envuelve el misterio<sup>24</sup>, “sin espectáculo”, anota en el punto 519 de *Camino*. Él ve en esto la humildad que la preparaba para convertirse en Madre del Salvador en la alegría del don de sí<sup>25</sup>.

Pedro Rodríguez hace notar con toda justicia que toda la mariología del capítulo de *Camino* titulado la *Virgen* contempla a Santa María como *ancilla Domini*, porque ella sirve a Dios y a la Iglesia<sup>26</sup>. Ella lo hace, en primer lugar, aceptando ser la madre de Jesús: “Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38). Juan Pablo II comenta que “el primer momento de la sumisión a la única mediación ‘entre Dios y los hombres’ –la de Jesucristo– es la aceptación de la maternidad por parte de la Virgen

22. SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 33.

23. SAN JOSEMARÍA, Carta a Amparo Rodríguez Casado, Burgos 20 de diciembre de 1938; cit. en P. RODRÍGUEZ, p. 658, comentario al punto 508.

24. Cfr. P. RODRÍGUEZ, p. 659, comentario al punto 510.

25. Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 109.

26. Cfr. P. RODRÍGUEZ, p. 646, comentario al punto 493.



*Parte exterior del Tríptico del maestro de Moulins. Siglo XV. Allier (Francia).*

de Nazaret”, y añade que “el consentimiento que ella da a la maternidad es sobre todo fruto de su donación total a Dios en la virginidad” para concluir que “las palabras ‘Yo soy la esclava del Señor’ expresan el hecho de que, desde el comienzo, ella ha acogido y comprendido su maternidad como un don total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del

Altísimo”<sup>27</sup>. En este sentido, la sabiduría, entendida como el designio divino de salvación que culmina en la encarnación del Verbo, reside de algún modo en la unión de maternidad y virginidad en un solo ser. Los Magos “vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron” (Mt 2, 11): esta epifanía de Cristo es también la de la Madre de Dios, que recibe presentes reales. El cetro adornado con flores de lis que se encuentra en la imaginería mariana es símbolo a la vez de realeza y de maternidad virginal; una imagen de esto es el tallo florecido. San Fulberto de Chartres habla también de este florecimiento virginal: “*Virgo Dei genitrix virga est, flos filius eius*”<sup>28</sup>. “Yo soy la esclava del Señor”: en esta declaración de identidad, en cierto modo, la Santa Virgen, en su humildad, manifiesta a la vez su disposición pasiva y su implicación activa. El nombre δούλη (Lc 1, 38. 48) expresa, en la tradición veterotestamentaria, la bajeza y la condición de esclava delante de Dios. Ciertamente, Dios no tiene esclavos: el Evangelio manifiesta la total disponibilidad de María para servir; ella dice sí a un acto de Dios: la encarnación en su seno de la segunda Persona de la Santa Trinidad.

### La gloria de servir

Es así como “María, la sierva del Señor, tiene su parte en el Reino de su Hijo. La gloria de servir no cesa de ser su exaltación real”<sup>29</sup>. El sentido cristiano del reino se realiza en aquélla que es la sierva del Señor: servir es reinar. “Reinar sirviendo”, escribe san Josemaría, pues “si dejamos que Cristo reine en nuestra alma, no nos convertiremos en dominadores, seremos servidores de todos los hombres. Servicio. ¡Cómo me gusta esta palabra!”<sup>30</sup>. Al “non serviam” (Jr 2, 20) de Satanás se opone el “serviam”, “yo serviré”, de la Virgen María. Un verbo en futuro que san Josemaría asocia a “la libertad de la gloria de los hijos de Dios” (Rm 8, 21)<sup>31</sup>, una libertad que es el fruto del amor de Dios y que el

27. JUAN-PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, cit., n. 39.

28. SAN FULBERTO DE CHARTRES, PL 141, c. 345 A.

29. JUAN-PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, cit., n. 41.

30. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, cit. n. 182.

31. Cfr. SAN JOSEMARÍA, nota del 18 de agosto de 1938, citada en P. RODRÍGUEZ, p. 580, comentario al punto 413.

conocimiento de la verdad orienta hacia el bien verdadero. Él escribía en 1931: “Una continuada y magnífica afirmación: al “non serviam”, “SERVIAM!”: al “no queremos que éste reine”, “Regnare Christum volumus”, ¡queremos que reine!: a la gloria humana, “Deo omnis gloria”: y finalmente la gran afirmación de la salud para todos: “Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam”<sup>32</sup>. Rodríguez subraya que “la vivencia y la expresión “Serviam!” eran, en la vida de Josemaría Escrivá, no ya antiguas, sino fundacionales”<sup>33</sup>. El camino que el Santo quería tomar para que se cumpliera el designio divino, es decir, para que triunfara la sabiduría, era el del servicio, como lo muestran una vez más algunas líneas consignadas en los *Apuntes íntimos*; san Josemaría, después de haberse dirigido a la Santa Virgen, habla a Jesús y recuerda la entrada del Señor en Jerusalén montado sobre un borrico:

“Tú sabes bien lo que necesito. Antes que nada, dolor de Amor: ¿llorar?... O sin llorar: pero que me duela de veras, que limpiemos bien el alma del borrico de Jesús. Ut iumentum!... ¡Oh!, quiero servirle de trono para un triunfo mayor que el de Jerusalem..., porque no tendrá Judas, ni huerto de los Olivos, ni noche cerrada... ¡Haremos que arda el mundo, en las llamas del fuego que viniste a traer a la tierra!... Y la luz de tu verdad, Jesús nuestro, iluminará las inteligencias, en un día sin fin.

Yo te oigo clamar, Rey mío, con voz viva, que aún vibra: ‘ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?’ –Y contesto –todo yo– con mis sentidos y mis potencias: ‘ecce ego: quia vocasti me!’”<sup>34</sup>.

Como brotando de su contemplación, el servicio que san Josemaría sueña con prestar está todo él orientado hacia la evangelización: servir de trono a Jesús. La Virgen María, que ha llevado al Señor en su seno, representa toda la humanidad pronta a servir. En su obediencia, ella da muestras de la prudencia más elevada en el terreno humano y nos da ejemplo. La Virgen María estaba pronta a cumplir la voluntad de Dios y ella impelía a los hombres a adherirse a ella: “Haced todo lo que él os diga” (*Jn* 2, 5).

32. SAN JOSEMARÍA, *Apuntes Íntimos*, 11 de noviembre de 1931, n. 386; citada en P. RODRÍGUEZ, p. 226, comentario al punto 11.

33. P. RODRÍGUEZ, p. 580, comentario al punto 413.

34. SAN JOSEMARÍA, *Apuntes Íntimos*, n. 1.741, 16 de julio de 1934, citado por P. RODRÍGUEZ, p. 900, comentario al punto 801.



Detalle del Tríptico del maestro de Moulins. Siglo XV. Allier (Francia).

La sierva de Dios tenía amor a la gracia, y puesto que estaba llena de gracia, ella era más libre para cumplir la voluntad de Dios: “Para ser la Madre del Salvador, María fue ‘dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante’ (CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 56). El ángel Gabriel en el momento de la anunciación la saluda como ‘llena de gracia’ (Lc 1, 28). En efecto, para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación era preciso que ella estuviese totalmente poseída por la gracia de Dios”<sup>35</sup>. La libertad de la Virgen María está iluminada por la verdad y la lleva al pleno cumplimiento de su vocación, esto es, a su verdadero bien. Cuanto más progresa en su camino cuanto más se compromete, más libre es. Ella es siempre más sierva del Señor y continúa siéndolo en su Cuerpo, que es la Iglesia, y durante su vida terrena ella fue cada vez más sabia: desde el Templo de Jerusalén donde, habiendo perdido al Niño, María acepta con san José el no comprender por

35. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 490.

qué razón Jesús no le ha anunciado nada de estos tres días al servicio de las cosas de su Padre, y conserva con cuidado todo esto en su corazón (Cfr. *Lc* 2, 49-51); hasta el día de la resurrección, cuando ella es la primera a quién Jesús, vivo, se deja ver (es por lo menos legítimo suponerlo)<sup>36</sup>; hasta el Cenáculo, donde el día de Pentecostés, ella sirve a la unidad de la Iglesia como Madre nuestra de modo particular después de la crucifixión de su Hijo (Cfr. *Jn* 19, 27). Durante las horas pasadas al pie de la Cruz, ella actualiza el “Ecce ancilla Domini” de la anunciación, al mismo tiempo que la Sabiduría conoce de algún modo el drama que constituye el centro entre encarnación y resurrección. Después de la resurrección y de la ascensión, María sigue siendo la “madre del Señor” (*Hcb* 1, 14), ella persevera en oración con los apóstoles, sirviendo a la unidad de la Iglesia, como madre de su Hijo resucitado y ascendido a los Cielos. La respuesta de María es siempre actual gracias al misterio de la Eucaristía, en razón de la contemporaneidad del misterio pascual en el “hoy” de la liturgia, pues Cristo resucitado vive. Paul Claudel expresa todo esto en un hermoso texto en el que sabiduría y servicio se encuentran en María del mismo modo que este encuentro está llamado a tener lugar en nosotros:

“Que la tierra tiemble, que el sol se oscurezca, que el velo del templo se rasgue de arriba abajo, pero María permanece de pie, ella no se ha trastornado. Ella ve, ella sabe, ella mira, ella da testimonio, ella da, ella acepta, ella aprueba. Ecce ancilla Domini! He aquí para el bien esta vez, una vez más, a la esclava del Señor!”.

“¡María lo ve todo! ¡Ella contempla! ¡Ella está cara a esta Elevación de tres horas! ¿No ha dicho él que cuando fuese elevado atraería todo hacia sí? ¿Cómo su madre no iba a ser la primera en ser atraída? Cuando es Cristo mismo no sólo el que dice la misa, sino que la hace, no es momento para ella de prestar atención a sí misma, de tener distracciones. Ella está, pues, allí, ella está complantada cara a la cruz, ella está presente a todo aquello que es capaz de comparecer y de estar presente. Y a todas las misas que se dirán hasta el fin del mundo, una sola misa en este sacrificio del Calvario, puesto que Cristo está allí, María lo está igualmente para contemplar”<sup>37</sup>.

36. Cfr. JUAN-PABLO II, *Discurso*, Audiencia general del 21 de mayo de 1997.

37. P. CLAUDEL, *L'épée et le miroir – Présence et prophétie*, “5<sup>me</sup> douleur: Jésus meurt sur la croix”, *Œuvres complètes*, tomo 20, Gallimard, Paris 1962, pp. 64-65.

La sabiduría conlleva, pues, la plena aceptación del designio divino. Lo expresan muy bien unas palabras de san Josemaría sobre el esposo de María: “José se abandona sin reservas en las manos de Dios, pero nunca rehusa reflexionar sobre los acontecimientos, y así pudo alcanzar del Señor ese grado de inteligencia de las obras de Dios, que es la verdadera sabiduría. De este modo, aprendió poco a poco que los designios sobrenaturales tienen una coherencia divina, que está a veces en contradicción con los planes humanos”<sup>38</sup>.

Del “*Ecce ancilla*” a la contemplación, que es sabiduría, allí está la espada profetizada por Simeón: “esta espada, que es una de las formas del Espíritu Santo”, continúa Claudel, “María la ha acogido y atesorado en la profundidad de su corazón”<sup>39</sup>. Verdaderamente, el Espíritu Santo ha hecho “grandes cosas” en ella (Lc 1, 49). Es este mismo Espíritu el que nos hace hijos de Dios y el que, según la ajustada observación de Fernando Ocariz, “obra así en nosotros el mutuo reforzarse entre caridad y conocimiento de la verdad, como fuente creciente de libertad. Sin embargo, la raíz primordial de esta nueva libertad es la caridad (inseparable de la gracia), que es el primer fruto del Espíritu Santo”<sup>40</sup>.

### Sedes Sapientiae, Ancilla Domini: caritas in veritate

La obediencia de la Virgen María, dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, nacía de su amor y llevaba su generosidad al grado más elevado. San Josemaría designa a Santa María como “Maestra de entrega sin límites”<sup>41</sup> e inmediatamente subraya esta alabanza de Cristo en las palabras que pronuncia en Cafarnaún: “el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mt 12, 49; Cfr. Mc 3, 35; Lc 8, 21). A María se aplican de nuevo estas palabras de Jesús en respuesta a una mujer que proclamaba bienaventurada a la Madre de Jesús: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11, 28).

38. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 42.

39. P. CLAUDEL, *L'épée et le miroir...*, p. 65.

40. F. OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia, gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, p. 114.

41. SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 33.

■ *Ancilla Domini*: hacer grandes cosas en la tierra a base de cosas pequeñas. Este es también el mensaje de esta invocación mariana tal como san Josemaría lo percibía, porque él no dudaba en preguntarse a sí mismo si Dios no querría “que yo me fije, sirviéndole, en las cosas pequeñas, ya que no soy capaz de servirle en las grandes”<sup>42</sup>. Las palabras “Ecce ancilla Domini” han hecho posible la redención en el desarrollo de una vida oculta y ordinaria. La Sabiduría de Dios se ha manifestado en su designio hecho posible, en cierto sentido, por la disposición de servicio de la Virgen María. Ella participa en la Sabiduría de Dios y sigue el ejemplo de su Hijo, que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (*Mt* 20, 28; *Mc* 10, 45). Cristo ha tomado la forma de esclavo y se ha rebajado hasta la muerte (Cfr. *Flp* 2, 7. 8). El servicio lleva al don de la vida, es decir, a la prueba más grande de amor: “Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos” (*Jn* 15, 13). Es de este modo como la cruz da la última respuesta a la razón, no por la sabiduría de las palabras, sino por la Palabra de la Sabiduría<sup>43</sup>. La ciencia de la cruz, *scientia amoris*, es “la sabiduría de Dios, misteriosa, escondida” (1 *Co* 2, 7).

■ La discreción de la Virgen María refleja la sabiduría que en ella habita. Esta discreción no sólo es discernimiento, sino sobre todo el modo de comportarse exteriormente, recogido, reservado, con tacto. Es la actitud de una verdadera servidora de Dios, y es también sabiduría, conocimiento de las cosas divinas, y don de Dios, comunión con lo divino, que encuentra su causa en la caridad. Ella conduce hacia la plenitud de la filiación divina. ¿Cómo responde Cristo a las cuestiones de precedencia que se plantean los discípulos pensando que él no lo sabe? “Si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (*Mt* 18, 3). Pascal lo ilustra con pocas palabras: “La sabiduría nos devuelve a la infancia. Nisi efficiamini sicut parvuli”<sup>44</sup>. En cuanto a Péguy, ve en la Virgen, “estrella de la mañana, reina del último día”, ese “templo de sabiduría” que es “el lugar del mundo donde todo se hace

42. SAN JOSEMARÍA, *Apuntes Íntimos*, n. 177, 20 de marzo de 1931, cit. en P. RODRÍGUEZ, p. 353, comentario al punto 152.

43. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Fides et ratio*, 14 de septiembre de 1998, n. 23.

44. B. PASCAL, *Pensées* (fr. 82-721), citando *Mt* 18, 3 (Nvg: “Nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum”). Cfr. los pasajes paralelos, *Mc* 9, 33-37 (v. 35: “omnium minister”); *Lc* 9, 46-48. He comentado esta aproximación en *Une connaissance d’amour. Note de Théologie sur l’édition critico-historique de “Chemin” (II)*, *Studia et Documenta* 3 (Rome 2009), pp. 295-296.



niño”<sup>45</sup>. La Sabiduría invita a la simplicidad, como dice el libro de los Proverbios (5, 4): “*Si quis est parvulus, veniat ad me*”, “Quien sea simple, venga acá”. Jesús, como sabiduría, puede exultar al alabar a su Padre: “Has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños” (Mt 11, 25), pues, como dice san Pablo, “la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios” (1 Co 3, 19). La liturgia de la Iglesia lo expresa, por ejemplo, de forma elocuente en una colecta de la Misa de la Bienaventurada Virgen María, Asiento de la Sabiduría: “*Sapientissime Deus, qui lapsum reparaturus hóminem, beatam Virginem Mariam Sapientiae tuae sedem ordinasti: da nobis, quaesumus, eádem Virgine intercedente, supérbe non sápere sed plácita tibi humilitáte deservíre*”<sup>46</sup>.

Es en la Santa Virgen, más que en ninguna otra criatura, donde se unen las dos perspectivas que trazan las dos invocaciones marianas más queridas por san Josemaría y que él unía a la de *Spes nostra*: la Madre de Dios es *Sedes Sapientiae* y *Ancilla Domini*. La Sabiduría ve la verdad, el servicio es la prueba del amor. La Virgen María se ve en la verdad, cosa que es una prueba auténtica de humildad<sup>47</sup>, y esta humildad es la tierra fértil donde el amor crece. En cierto modo, las palabras *caritas in veritate* resumen todo esto, puesto que la persona humana está llamada a vivir “con el ardor de la caridad y la sabiduría de la verdad”: “la verdad originaria del amor de Dios, que se nos ha dado gratuitamente, es lo que abre nuestra vida al don”<sup>48</sup>.

El célebre tríptico del Maestro de Moulins, pintado al final del siglo XV y conservado en el tesoro de la catedral de esa ciudad en Allier (Francia), ilustra magníficamente el pasaje de la anunciación al asiento de la sabiduría. La parte exterior de las tablas representa en una pintura de tonos grises de rara belleza, una anunciación que invita a la contemplación. La Virgen María escucha el saludo del ángel. Abierto, el tríptico muestra la mujer del Apocalipsis, según el texto que sugiere a los cristianos a mirar a la Madre de Jesús como personificación de la Sabiduría. La Virgen, con los ojos bajados hacia el Niño Jesús, muy maternal y muy joven, se destaca sobre un fondo de sol y de arco iris; la luna a sus pies. Dos ángeles coronan a María, otros dos llevan una banderola en latín que remite al

45. CH. PÉGUY, *Les cinq prières dans la cathédrale de Chartres*, I et IV, Gallimard, Paris 1957.

46. Cfr. *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1987, *Beata Virgo Maria, Sedes Sapientiae*, p. 96.

47. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 30 de noviembre de 1980, IV, n. 6.

48. BENEDICTO XVI, Enc. *Caritas in veritate*, 29 de junio de 2009, n. 8.

Apocalipsis 12, 1: “He aquí aquella de la que las Santas Escrituras cantan el elogio: vestida de sol, la luna bajo sus pies, ha merecido ser coronada con doce estrellas”. La Madre de Jesús, revestida de un manto de púrpura, está serena, victoriosa, tras haber dado a luz a su hijo que ella presenta al mundo: ella continúa sirviendo. En los paneles laterales se lee muchas veces la palabra “Esperanza”, bordada sobre las vestiduras pontificales del Apóstol Pedro<sup>49</sup>.

La poesía del Magnificat, “totalmente original” y al mismo tiempo “‘tejido’ hecho completamente con ‘hilos’ del Antiguo Testamento, hecho de palabra de Dios”, como subraya Benedicto XVI, une sabiduría y servicio: María “al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien en el mundo”<sup>50</sup>.

“Respexit humilitatem ancillae suae”: Dios ha mirado la pequeñez de su esclava, por esta razón la Virgen puede profetizar el culto que le será dado “Beatam me dicent omnes generationes” (Lc 1, 48). Nosotros pertenecemos a esas generaciones. La Virgen María nos invita así a la esperanza que nace del amor que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones (Cfr. *Rm* 5, 5). Medianera de todas las gracias, corredentora, ella profetiza y sintetiza en sí misma nuestra respuesta a la gracia de Dios, y en la gloria de su carne anticipa nuestra gloriosa resurrección. Ella participa así en la sabiduría y en el amor divino y nos confía a ellos. Nuestra esperanza es, pues, segura. *Sedes Sapientiae* y *ancilla Domini*, María es con toda seguridad *spes nostra*.

Guillaume DERVILLE

Colegio Romano de la Santa Cruz

ROMA

49. Sobre una tabla lateral, el Apóstol presenta, en efecto, al donante, el duque Pierre II de Bourbon (1438-1503), siendo la “Esperanza” la divisa de su familia (sencilla pero feliz coincidencia).

50. BENEDICTO XVI, Homilía en la parroquia pontificia de Santo Tomás de Villanueva, Castel Gandolfo, 15 de agosto de 2005, in *Insegnamenti di Benedetto XVI*, I 2005, LEV, Città del Vaticano 2006, p. 395.